

Martinico Ventosa

DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 46 rs. id.

Números sueltos un real vellón.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.

**Martinico Ventosa**

DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA:

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL.

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

Enfermedades sociales.

Las doce de la noche sonaban en el reló de una iglesia vecina, cuando *El Duende* paseaba, no sabe á punto fijo si su curiosidad ó su fastidio, por las calles de cierta ciudad, de cuyo nombre no quiero acordarme. Lo cierto es que era media noche y que yo paseaba. Aquellos sitios, tan frecuentados, tan repletos de gente durante el día, estaban solitarios, desiertos en aquel momento: algunos perros ahullando hacian las veces de los serenos y de los vigilantes; mientras estos dormian el sueño de los justos en algunos portales ó en sus camas. Los encargados de velar por la tranquilidad pública, atendian, como es natural, primeramente á la suya y reposaban tranquilos y seguros de que no seria molestado ningun honrado vecino que en su casa estuviera y tuviese ésta preparada de modo que fuese inaccesible á los ladrones. A los que, como *El Duende*, por las calles anduviesen, si algo desagradable les acontecia, bien merecido les estaba. Las noches se han hecho para dormir; que no para perderlas andando de ceca en meca; y el que busque aventuras con su pan se las coma; que el que ama el peligro perece en él.

En estas reflexiones me hallaba sumergido, cuando vinieron á sacarme de ellas los precipitados pasos de un ser racional que hacía mí se encaminaba, y á quien distinguí á alguna distancia, gracias al magnífico alumbrado (no vayan ustedes á creer que era de aceite ni mucho menos de gas) de la luna, que en toda su redondez en el espacio se ostentaba. Sus rayos, bañando de lleno el rostro del nocturno paseante, me permitieron ver en él algo de siniestro. Sus hinchados ojos, su palidez, su aire distraido, revelaban los padecimientos interiores de aquel, al parecer, ar-

tesano, por quien me interesé desde el primer instante.

Pasó junto á mí sin verme y continuó su camino: yo le seguí. Salió de la ciudad con direccion al rio; creí adivinar su desesperada intencion y aceleré mi paso. No me habia engañado: á la orilla del agua estaba é iba á precipitarse en ella, cuando asiéndole con mano fuerte logré sujetarle y evitar su criminal intento. Repuesto del susto, me miró con atónitos ojos y aguardó á que yo le interrogase. Conocí que era llegado el momento de hacerlo.

—¿Qué iba V. á hacer, desdichado? le dije.

—Iba á concluir mis penas. Me respondió.

Procuré tranquilizarle; gané su confianza y me habló de esta manera.

—Yo soy un honrado zapatero, buen marido y buen padre de tres chicos como tres soles. Hace veinte años que trabajo lo menos doce horas cada dia por ganar para ellos y para mí un pedazo de pan. Siempre sujeto por el tirapié; siempre calzando á los demás, apenas si puedo calzarme á mí mismo. Mi mujer cose para un maestro sastre; y entre ella y yo reunimos unos diez y seis reales diarios; pero mantenga usted con ellos cinco bocas, sin contar la del gato, que limpia nuestra casa de ratones: vista usted á cinco individuos: pague usted el chiribitil y la tienda que ocupamos: cubra usted las contribuciones, y ni aun nos quedan ojos para llorar.

—¡Infeliz! Habrá usted contraído deudas...

—Eso no: gracias á Dios, á nadie debo un cuarto.

—¡Ah! Pero algunos dias las privaciones... el hambre quizá...

—Tampoco. Mal ó bien hemos llenado siempre la barriga.

—Acaso las enfermedades...

—Mucho menos. Bendita sea la Providencia, todos

reventamos de salud y hacemos la higa á los médicos y boticarios.

—Entonces, amigo mio ¿de qué se queja usted?

—¿De qué me quejo? De la desigualdad con que la suerte reparte sus dones. Ya he dicho á usted quién soy y lo que hago.

Pobre zapatero, trabajar y mas trabajar y no salir de mi humilde estado. Pues bien; frente por frente de mi casa habita el marqués del Cardo Silvestre, el señorón mas rico y mas feliz que hay en cincuenta leguas á la redonda. Con lo que él despilfarra en cada baile, podrian mantenerse lo menos seis familias durante un año. ¡Qué caballos, qué coches, qué cocina! Cuenta sus criados por docenas y sus amigos por centenares. Vale mas lo que da á sus perros que lo que mis hijos comen. Él tan rico; nosotros tan pobres...! Él holgando, y trabajando yo...! Estoy decidido; quiero morir y moriré.

—¿Y su pobre mujer, y sus inocentes hijos, quién cuidará de ellos?

—Dios, que es el padre de los huérfanos y el protector de las viudas. De Dios á mí, ya ve usted si ganan en el cambio.

—¿Con que está usted decidido?

—Lo estoy.

—Pero yo lo evito hoy.

—Me mataré mañana.

—No me apartaré de V. en mucho tiempo.

—Me dejaré morir de hambre. ¿Quién me hará comer?

—Resuelto estaba mi hombre; pero mas lo estaba yo á evitar su locura; y el cielo, protector de las buenas causas, me sugirió repentinamente una feliz idea.

—¿Quiere usted, amigo mio, que entremos en arreglo?

—No comprendo á usted.

—Si usted suspende hasta mañana á esta hora la realizacion de su proyecto, prometo dejarle en completa libertad; pero á su vez, usted ha de seguirme á donde quiera que yo le lleve; y, suceda lo que suceda, ha de oír, ver y callar.

—Pero...

—No admito réplica. ¿Accede usted, sí ó no?

—¿Y podré mañana zambullirme en el rio?

—Con entera franqueza.

—Entonces convengo en ello.

—Sígame usted.

Obedeció mi hombre, y pocos momentos despues penetrábamos sin ser vistos en la morada del marqués del Cardo Silvestre. Atónito estaba el buen zapatero de que ningun criado nos saliese al paso, y de que, cuando junto á alguno pasábamos, no reparase en nosotros y ni siquiera volviese la cabeza para mirarnos. ¿Qué extraño si caminaba bajo la proteccion de *Martínico*? Así penetramos en el gabinete del señor conde. Este y su esposa, vistiendo todavía el traje de baile, que poco hacia habia terminado, se hallaban muellemente arrellanados en sendos sillones de terciopelo.

Todo, en aquellas suntuosas habitaciones, revelaba la opulencia de sus habitantes, y el gusto competia con el lujo, y tanta riqueza deslumbraba. Los condes hablaban con calor: oigamos su diálogo.

—Ya estará usted, señora, satisfecha. El baile se ha dado y en él se han invertido los restos de nuestra fortuna. He tenido la debilidad de ceder á todos los caprichos de usted, de comprar la paz doméstica á costa de nuestro presente bienestar y del porvenir de nuestros hijos.

—¿Qué quiere usted decir? Preguntó friamente la condesa.

—¿No me ha comprendido usted? Quiero decir que estamos arruinados. Que, no bastando nuestras rentas á cubrir los fabulosos gastos de esta casa, hemos contraído cuantiosas deudas, hipotecando nuestros estados, hasta este palacio que ocupamos. Que nuestros acreedores, cansados de esperar, desconfiando ya de mis promesas, exigen el cumplimiento de las escrituras: que mañana á las doce del dia invadirá estas habitaciones una cohorte de escribanos y alguaciles, nos intimará el pago, no podremos realizarlo, embargará cuanto en ellas encuentre y las cerrará despues de habernos arrojado á la calle. Usted, señora, ya lo sé, encontrará asilo y consuelo—porque no tiene usted corazon—en casa de su opulento padre. Pero á mí, á nuestros pobres hijos ¿quién proporcionará el consuelo?

Hacemos gracia á nuestros lectores del resto de esta escandalosa y desgarradora escena. El marqués, efectivamente, estaba arruinado. Esposo débil no supo detener en sus locuras á una mujer á quien amaba ciegamente. Veía el abismo á qué corria, arrastrando consigo á sus inocentes hijos; pero cerró los ojos, siguió su desatentada carrera y se precipitó envuelto en su fortuna. La penuria, las deudas, los compromisos abrieron la puerta á la frialdad, á la indiferencia, á las reyertas conyugales; y presentándose al mundo con la sonrisa en los labios, con la alegría en los semblantes los marqueses del Cardo Silvestre llevaban el tormento en su corazon, la desesperacion en el alma. Engañaban al mundo, y el mundo les envidiaba. Una vez en la calle el zapatero y yo, le miré cara á cara: el infeliz estaba confuso. Creia haber visto visiones y, sin embargo, acababa de ver la realidad.

—¿Con que son éstos los señorones, los títulos...

—No; le interrumpí al momento. Esta es una escepcion; este es un título arruinado, enmedio de tantos que viven holgada y tranquilamente con el producto de sus rentas; que gastan menos de lo que pueden y que, lejos de despilfarrar su fortuna, la acrecientan en bien de sus hijos y son un modelo de orden y de honradez.

—Entonces vuelvo á mi propósito: soy el mas desgraciado de los hombres.

—Me preparaba á hacer una disertacion á mi tenaz zapatero sobre las miserias verdaderas de la sociedad, cuando una pobre mujer, pálida, demacrada, impreso el dolor en su semblante, llevando un niño desnudito

en su brazo izquierdo y conduciendo otro de la mano se acercó á nosotros diciendo:

—Señores, una limosna por amor de Dios á esta infeliz sin mas amparo que la pública caridad.

—¿Es usted viuda? La pregunté.

—Mi marido ha muerto trabajando en un ferrocarril. Una peña desprendida le mató.

—¿Y usted...

—Estoy gravemente enferma y no puedo trabajar. Y, aunque no lo estuviera ¿á dónde iria yo con tres criaturas? La otra, tísica como su madre, quizá me precederá al sepulcro. Entonces estos pobres ángeles...

Los sollozos la impidieron continuar. Miré al zapatero, lloraba tambien. Le ví meter la mano en su bolsillo y sacar unas monedas: iba á dar su limosna; yo lo impedí, y lo hice por los dos. La mendiga se alejó bendiciéndonos.

—¿Y ahora qué hacemos? le dije. ¿Quiere usted ir al rio?

—Quiero volver á mi casa á abrazar á mi mujer y á mis queridos hijos, que tienen hogar, alimento, ropa y salud: á pedir á Dios que me perdone mi extravío y á decir á mi familia que bendiga al hombre que ha conservado un marido á mi mujer y un padre á mis hermosos chicos. Vivan los ricos de su fortuna; nosotros viviremos de nuestro trabajo. ¿Cómo se llama usted?

—Ya se lo diré algun dia. Y ahora separémonos y vuelva usted á casa, que sin duda le aguardan sobresaltados.

Me dió un fuerte apretón de manos, con el que expresaba toda su satisfaccion y reconocimiento: me ofreció su casa; me suplicó fuese á verle y se marchó exclamando:

—He sido un loco; pero estoy curado, y en adelante diré como el otro: *Zapatero á tus zapatos.*

Las doce.

FANTASÍA.

(Imitacion de Claudin.)

No creo encontrar quien me contradiga al afirmar, con tono campanudo, que todos los dias dan las doce en todas las ciudades de España. Ciertamente que en este punto seremos todos de la misma opinion; pero es necesario dejar asentado como un hecho cierto é irrefragable, que en ninguna ciudad de la Península dan las doce como en Zaragoza, en el momento solemne en qué se salta de un dia á otro.

La hora de *las doce* es la frase mas larga del diálogo

de los relojes. Es, si se quiere, su *grande aria*. En los pueblos donde no existe mas que un reló, *las doce* es un monólogo. En las populosas ciudades forma una magnífica pieza concertante, en la qué, al mezclarse los sonidos de unas campanas con otras, y al confundirse sus diversas vibraciones, se lanza poderosa por el espacio.

Me voy alejando de mi cuento. He dicho que en parte alguna suenan las doce de la noche como en Zaragoza. Voy á probarlo. Son ocho, segun creo, los relojes que señalan la hora al pueblo zaragozano: cada reló dá diez y seis campanadas, contando las de los cuartos, escepto el de la Diputacion, que, duplicándolos, da veinte. Ahora bien: como nunca se han llegado á poner de acuerdo los relojeros (sentiria que en esto vieran una alusion maligna estos señores) respecto á la hora que han de marcar los relojes, resulta que por término medio emplean estos veinte minutos en dar sus campanadas: luego, multiplicando, siete por diez y seis y añadiendo los veinte de el de la Diputacion, resulta un total de ciento treinta y dos martillazos, ó sean otras tantas notas musicales, que se van repitiendo con mas ó menos rapidez y que producen á veces inesperados efectos;

¿Quereis creerlo? Pues dias pasados, hallándome paseando á la media noche por la plaza de San Miguel, llegó á mi oído el concierto mas extraño, pero mas armónico y admirable que imaginarse pueda.

Los relojes, al mezclarse sus sonidos, estaban ejecutando la célebre aria del Trovatore *Horrida notte*, con tal perfeccion, tal acierto y colorido, que quedé atónito y como presa de un sueño de las mil y una noches.

Volví al dia siguiente y al otro y al otro, y siempre al llegar el momento de dar las doce. percibí el mismo acento, sublime hasta lo infinito, incomprensible y extraño. No era una ilusion.

Quise hacer partícipes de mi descubrimiento á mis compañeros *Duendes*, y les conduje antes de anoche al sitio donde descubriera tan extraño fenómeno.

Dieron las doce.

La mas horrible cencerrada no puede dar una idea exacta del desconcierto de sonidos que llegó á nuestros oídos.

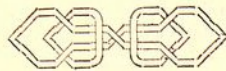
Mis compañeros soltaron una estrepitosa carcajada. ¿Habrá cambiado el viento? les dije.

—Dispense V. caballero.....

Volvíme y ví al sereno que me dirigia la palabra.

—Dispense V.: repitió. No es que haya cambiado el viento; yo tambien he oído lo que V.: es que esta mañana han arreglado los relojes.

¡Profanacion! Entonces está explicado el enigma.





Sale, oscureciendo á Febo,
de la cáscara de un huevo.



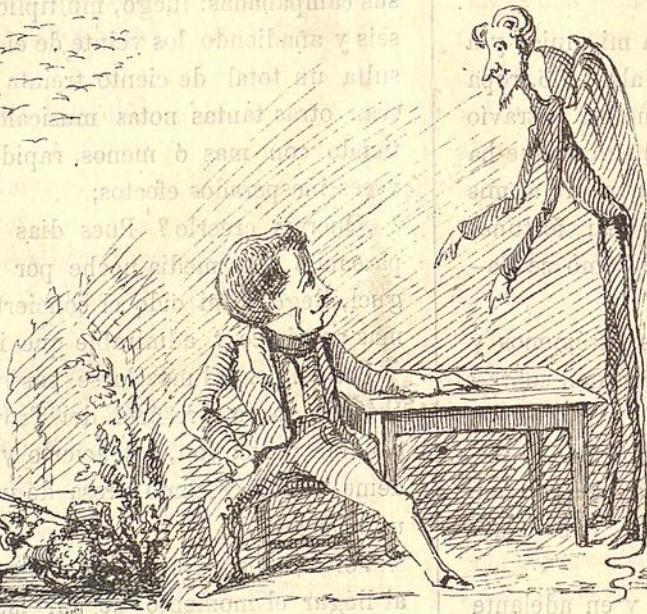
Ya de niño hace primores,
y aun va con los andadores.



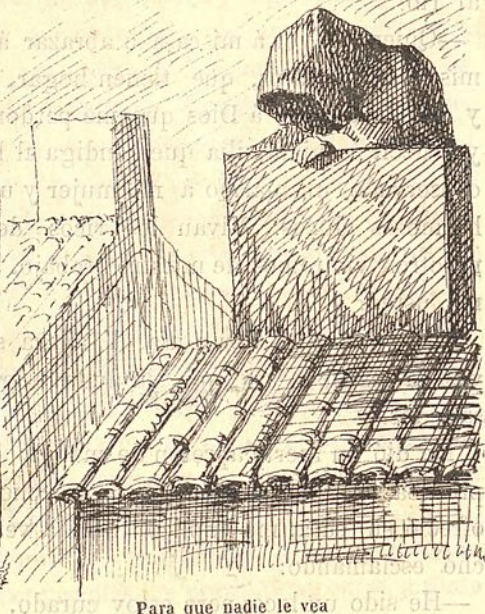
En la escuela es su mania
no aprender ortografía.



Va á cazar gangas el mozo
apenas le apunta el bozo.



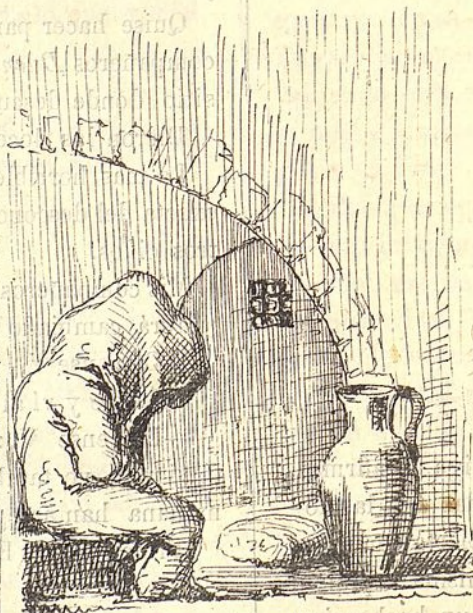
De su arrojo en testimonio
se arregla con el demonio.



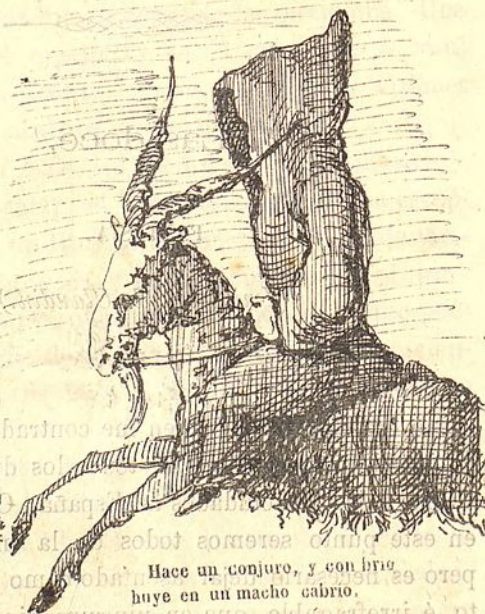
Para que nadie le vea
entra por la chimenea.



Se sale un día de quicio,
y le pesca el Santo oficio.



Le llevan á Barcelona
y le meten en chirrona.



Hace un conjuro, y con brío
huye en un macho cabrío.



Para que pierdan su pista
se disfraza de realista



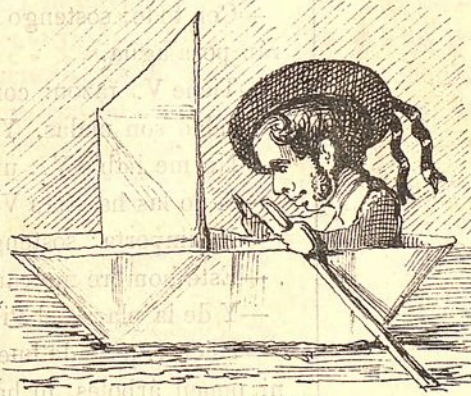
Descúbrenle; y en derrota
huye con una devota.



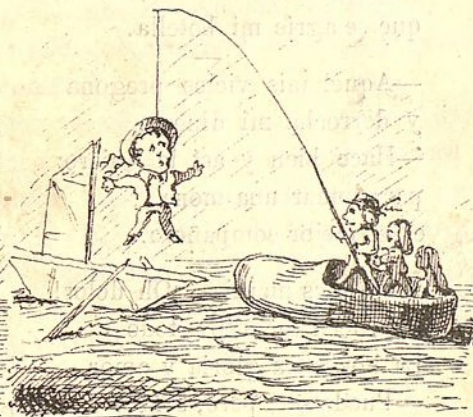
Van en peregrinacion
buscando colocacion.



En diciembre vende estufas,
y en junio horchata de chufas.



Se le muere un tío rico
y va á heredarle á Tampico.



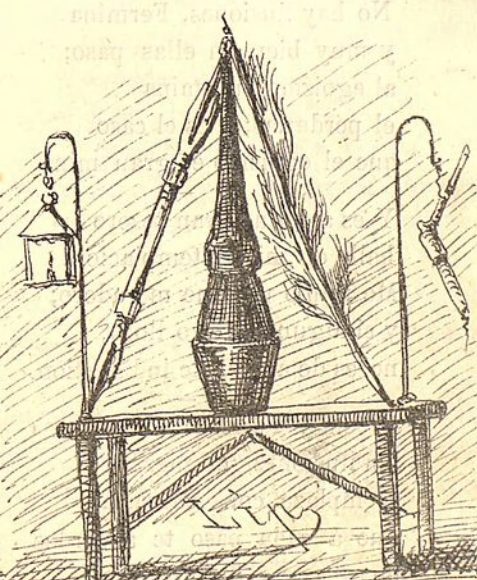
En el golfo de las ratas
le apresan unos piratas.



Por sus gracias españolas
le hacen Bajá de tres colas.



Torna á su patria espasmódico
á publicar un periódico.



Sigue escribiendo y de fin,
por hoy, su historia Martin-
ico Ventosa.

A Fermina...

¡Lloras, Fermina, el perder
la postrimera ilusion?

No llores; que al fin, mujer,
remedio no has de poner
y cosas del mundo son.

Yo al perder ¡suerte enemiga!
las ilusiones; ¡canario!
no las busqué en EL DIARIO:
les recé—justo es lo diga—
cuatro partes de rosario.

Si me decían, «traidoras
son las mugeres» ¡Divino!
contestaba; encantadoras:
sin ellas paso las horas,
bebiendo á mis anchas vino.»

Remedié la mala estrella
de un ingrato? «Bueno, y qué?
me decía: buena es ella.
Su ingratitud no hace, á fé,
que se agríe mi botella.

—Aquel mis vicios pregona
y derrocha mi dinero.
—Hace bien y así le quiero:
para tomar una mona
es el mejor compañero.

—Todo es mentira ¡Oh dolor!
me dicen:—mentira todo.
La honradez gloria y amor.
—Puede ser; pero, señor,
¿es mentira alzar el codo?

No hay ilusiones, Fermina,
y muy bien sin ellas paso;
al egoísmo encamina
el perderlas; y es el caso
que el egoísmo es gran mina.

Y es así; que gran tesoro
hallo en mi contemplacion.
Me mimo por que me adoro;
y si alguna vez yo lloro,
no es de amor, de indigestion.

Creeme, Fermina mia;
las ilusiones que pierdes
reemplaza con malvasía;
que á cada paso te acuerdes
de esta gran filosofía.

Ea, nada de gemir,
que es el mundo una pampolina
y de él debemos reir.
Ancha es Castilla, Fermina.
Con que á beber y á vivir.

Un poco de Bombo.

CRÍTICA Á LAS CRÍTICAS.

Ayer llegué á Zaragoza, despues de una terrible
ausencia de VEINTE dias; y.....

Francamente, quedé estático.

Zaragoza ha progresado en tan corto espacio de
tiempo lo que no es creible; gracias á nuestro celoso
alcalde, y á la comision de obras.

Desde luego encontré colocadas casi todas las fuen-
tes de vecindad: que, sea dicho de paso, me gustaron
mucho, que son como las que había visto en Paris y
Burdeos.

—Pero hombre, me dijo un sugeto con quien pasea-
ba, si eso es tan mezquino.

—Es lo suficiente; le contesté.

—Ya; pero no saldrá agua mas que cuando se opri-
ma el boton que tienen encima.

—¿Y para qué quiere V. que salga el agua cuando
no se necesite?

—Ya.

—Ya.

—Con todo; sostengo que es mezquino, porque da-
rán poca agua.

—Tiene V. razon: contesté picado.—Las fuentes de
vecindad son malas. Y las otras?

—No me hable V.: una cosa tan raquítica...

—Si no las ha visto V. colocadas.

—No importa: sostengo que son raquíticas.

—Este hombre me carga. (Esto lo dije aparte.)

—Y de la plaza del Pilar, qué dice V?

—Psich... poco de bueno tiene aquello. Por de pronto
ni ponen árboles, ni hacen jardines.

—Pero hombre, si no estamos en estacion de plan-
taciones.

—Y qué importa eso?

—Tiene V. razon;—contesté... (¡Habrà bruto!)

—Y el alumbrado del Salon?

—Si fuera de gás.....

—Ya sabe V. que esto es hoy imposible, porque la
empresa no ha cumplido su contrata; y el alumbrado
de hoy en aquel punto es ya una mejora.

—No tanto.

—Tiene V. razon. El municipio, por arte de Birli-
birloque debia hacer de modo que cada fuente fuera
como una montaña, llena de estátuas de Fidias y de
Miguel Angel; que arrojárán, cuando menos, las ve-
cinales, 20 muelas de agua por cinco mil chorros; que
la fuente de la plaza del Pilar despidiera un mediter-
ráneo con navíos, merluzas, tiburones, y otras zaran-
dajas; que el sol no se pusiera nunca en Zaragoza;
que los árboles de las plazas y calles dieran meloco-
tones y escabeche en enero, y perdices trufadas en
verano; que....

—Poco á poco: dijo mi interlocutor, cortándome la
palabra.—Le advierto á V. que si los árboles dieran

perdices en verano, quisiera saber para quién...

—Para V., bendito de Dios; para V. y todos los que se le parecen. ¿Y entonces se quejaria V?

—Pues me quejaria, si señor; que á mí no me gustan las perdices con trufas; las prefiero con cebolla.

—Quiere decir, que para V. no habrá nunca nada bueno.

—No, señor; algo encuentro aceptable.

—Veamos el qué.

—¿Promete V. no decirlo á nadie?

—Lo prometo.

—El..... Otro dia se lo diré á V.

Fracmentos del JAUJA.

Periódico del año 2820.

Sigue incansable el célebre doctor Ferruginoso en sus exploraciones en la antigua Salduba. Segun datos que tenemos á la vista, ha llegado á descubrir un admirable *fósil*, que han de envidiarnos todos los museos del mundo. Es un cadáver perfectamente conservado y en el mas completo estado de petrificación.

Segun el célebre anticuario, debe ser un antiguo casillero ó guarda de alguno de los ferro-carriles que partian de Zaragoza; pero como la envidia siempre hace presa en el mas elevado talento y no existe grande hombre sin enemigos y detractores, no falta quien diga que no hay tal *fósil*, y que lo que ha encontrado el sábio doctor es una estatua de Neptuno, que dicen, estuvo colocada sobre una fuente en la plaza de la Constitucion.

Vamos á probar hasta la evidencia lo absurdo de semejante afirmacion.

En primer lugar, es mas que claro el suponer, (y seria lo contrario pensar muy mal de nuestros mayores) que siendo el sitio ó lugar de la plaza de la Constitucion, tan fecundo en gloriosos recuerdos, debieron conmemorar en él, ó la cruenta degollacion de los inocentes ó algun hecho ó página de la tan gloriosa defensa de Zaragoza, ó alguno de sus reyes ó grandes hombres; y de ningun modo un dios pagano, que triste figura debia hacer en el siglo diez y nueve. Esto es mas que lógico; y nos merecen demasiado respeto nuestros antepasados para suponer otra cosa.

En segundo lugar, la misma figura demuestra, clara é irrefutablemente su anterior destino. No hay mas que examinarla para comprender que el brazo derecho, que lo tiene estendido horizontalmente, está indicando al tren que va á pasar *que la via está espedita y que no hay peligro*. Ultimamente, solo el constante hábito de estirar el brazo puede dislocarlo tan desmesuradamente. Además, es absurdo pensar que en una época de ilustracion y de buen gusto hubiera artista capaz de esculpir una estatua en posicion tan desgraciada.

Aun cuando podríamos aducir mayores razones, lo dicho basta y sobra para probar que lo descubierto por el doctor Ferruginoso es el *fósil* de un antiguo casillero de ferro-carril.

Lo mas que podríamos conceder á sus adversarios, es que se hubiese equivocado en parte, y que lo descubierto fuera el *fósil* de un guarda agujas. Siguen los descubrimientos y seguiremos dándoles la merecida publicidad.

Fotografias á vista de pájaro.

Cuarta vista.

Doña Verdad se hace esperar por primera vez.

Dieron las doce de la noche y sucesivamente la una y las dos de la madrugada; hora en la que, desconfiando de que viniese á buscarme, determiné aguardarla entretenido en hacer una prolongada zanja sobre los colchones.

Cuatro horas hacia que roncaba sin interrupcion (segun mi doméstica) cuando vino á despertarme doña Verdad.

—Vamos, dormilon, levántate, que hoy será mas amena y variada nuestra excursion.

—Señora, ¿hablais con formalidad? ¿A esta hora hemos de salir? ¿No conocéis que habrá mucha gente por todos los paseos?

Tendrá que ver el espectáculo que presentaremos, remontándonos por el aire, si es que antes no nos corta el vuelo algun cazador miope, soplándonos un balazo alentado por la esperanza de llenar con caza mayor su exhausto morral.

—¡Siempre con tus raras objeciones! No tengas pena; te cobijaré bajo mi manto y ambos permaneceremos invisibles.

—Siendo así no replico.

Nos dirigimos hácia Torrero. Al llegar al puente del Huerba tuvimos que detenernos y aplicar ambas manos á los oidos. Un espantoso y discordante guirigay de tambores y cornetas obligaba á los que paseaban á huir de aquel punto á paso ligero.

—Como ha de ser, paciencia; dijo doña Verdad. Nos impiden tomar una magnífica vista. Empresa mas fácil seria el paso de las Termópilas que atravesar ahora el puente.

Ya que la mañana nublada se presta á ello, la aprovecharemos, dando un paseo, que creo no te sentará mal.

—Como gusteis; no tengo mas voluntad que la vuestra.

Variamos de direccion, confundiéndonos entre los que como nosotros, continuaban huyendo del infernal trompeteo.

—¿Sabes, decia un caballero de avanzada edad á un jóven en cuyo brazo se apoyaba, que podian haber elegido otro sitio mas á propósito para aprender ese par de instrumentos, que aun bien tocados son capaces de lastimar el tímpano de un sordo?

—Tiene V. razon: dijo el jóven. Pero ignora V. lo que es hoy un tambor y una corneta? Clee V. que les basta la instruccion que recibian antes? Nada de eso. Ahora tiene que ser mas larga y concienzuda. Es de rigor que la banda de tambores y cornetas ayude á la música, y no solo en los pasos dobles, si es que ya no desconfio de oirles acompañar alguna pieza concertante.

Nos separamos de esta pareja que se encaminaba hácia el Campo del Sepulcro.

Dos pasos mas allá de la puerta del Carmen tuvimos que mezclarnos con los coches, que, disparados, iban á la estacion de Navarra, á fin de dejar franco el paso á un peloton de reclutas que al monótono y acompasado coro de *unooo, doooo*, se dirigia hácia nosotros.

Continuamos entre los carruajes.

A la derecha otro peloton se instruía en el manejo del fusil.

Llegamos al campo del Sepulcro.

Una nube de polvo nos impidió distinguir los objetos.

Era producido por la caballería que tambien estaba de instruccion.

—Vea usted, señora, este sitio ahora tan seguro, tan concurrido. Por la noche lo invaden infinidad de *cacos* ganosos de desplumar á cuantos transitan por él. Sucede en las puertas de la poblacion lo que no se conoce ya en el mas apartado y solitario camino.

—Aproximémonos á ver el tren que en breve partirá para Pamplona.

Nos acercamos hácia aquel punto y entramos en la estacion.

Poco despues abrieron las puertas y los viajeros fueron ocupando los coches.

El gefe del movimiento, que marchaba en aquel tren, y el de la estacion, iban de uno á otro lado dando órdenes con la mas oportuna actividad.

En la puerta de entrada se presentó un grupo que llamó vivamente nuestra atencion. Lo componian una señora decrépita y una niña, que con los ojos inundados de lágrimas despedian á otra, jóven todavía, que debió ser hermosa según la regularidad de sus facciones, y en cuyo semblante se veia claramente impreso el sello de la muerte. Sin duda iba á buscar en algunos baños su perdida salud.

Solicitaban del empleado que custodiaba la entrada les permitiese pasar. Lo pidió éste con el mayor gusto al gefe de estacion, quien se acercó á las señoras manifestándoles con suma amabilidad que podian pasar.

En seguida abrió las puertas, invitando á que pasasen los que se hallaban en las salas de descanso.

Cinco minutos antes de marchar el tren dieron la señal, y todos ocuparon sus puestos.

El reló marcó las siete. Sonó el silbato y un momento despues ya no vimos mas que agitar los pañuelos, algunos de ellos humedecidos por el llanto, de los que nos daban su último adios.

Todos se retiraron, no sin dar antes las gracias á los que con tanta deferencia y consideracion les habian tratado.

—¿Qué te parece esta estacion? me preguntó doña Verdad.

—Muy bien, señora.

—Si así fuesen todas.....

Una de las tronadas anunciadas por el ya célebre Castillo nos obligó á retirarnos ganando á paso gimnástico la ciudad y á la carrera nuestro domicilio.

En él estoy y me despido de mis lectores.

Hasta otro dia.

Modas.

Hora es de que *El Duende* regale á sus lectoras unas cuantas lineas en las cuales les dé los mas detallados pormenores sobre la *derniere nouveauté* como dicen nuestros vecinos. Esto, tan justo como razonable (que todo viene á ser lo mismo) servirá de solaz á las bellas hijas de la matrona augusta, y convencido *Martinico* de que le han de creer á ojos cerrados, les espeta la siguiente relacion de invierno.

Traje de paseo, á media noche en el mes de enero. Abrigo de caoba pulimentada con borlas de pita. Sombrero de teja, color *Garibaldi* tirado á un lado á lo curro; bata de hojas de almendruco con botones de aceitunas sevillanas y de las otras; botas de las que se fabrican en las calles del Pilar ó de los Agujeros, con lazos de los de cazar leones; abanico chino con paisajes por conquistar y casaca á lo voluntario realista.

Traje de «me voy á misa.» Pantalones á la turca con ventanillas; gorro frigio adornado de tronchitos de col de flor, de la que se coje en Garrapinillos; tonete blanco y botas de campana, cubierto todo por un miriñaque de jaula, en cuyos aros van colgadas las estampas de la vida de don Crispin y san Isidro labrador, y relo muy espeso, metálico que cubra la figura de modo y manera que se parezca á la que encabeza este periódico.

Traje de montar. Se ha prohibido por los muchos abusos que se han cometido hasta la fecha.

Para los niños. Es de rigor vestirlos de marineritos y embozados en sendas capas de plata ruolz, para que sean cubiertos mal que les pese. Algunas mamás han adoptado el traje de alcachofa para sus hijos por ser mas nuevo y mas barato y además porque tiene la ventaja de poderse utilizar en el puchero.

En los números sucesivos seguiremos dando cuántas noticias nos preste nuestro ilustrado corresponsal de Paris; hombre de muchas jarcias y que es además inventor de las enaguas filarmónicas, cuya descripcion se dirá mas adelante, si el tiempo lo permite.

Editor responsable: MANUEL ALLUÉ.

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustín Peiro.—1862.